

Mientras tanto

La desconcertante dificultad para llegar a acuerdos entre gobiernos, vista en la COP26, no puede frenar esfuerzos urgentes en otras esferas.

Durante dos semanas el planeta entero tuvo los ojos puestos en Glasgow (Escocia), sede de la COP26. Los más optimistas esperaban un acuerdo con avances concretos en temas puntuales como la financiación de la descarbonización de los países en vía de desarrollo, que permitiera poner al planeta en una senda verdadera de evitar que el aumento de la temperatura media supere los 1,5 grados centígrados de aquí a 2100.

Pero el texto final conocido el sábado, 24 horas después de lo previsto, parece haberles dado más la razón a los pesimistas, a las voces escépticas que veían muy complejo en un contexto global como el actual -en el que los estragos de la pandemia en las diferentes economías todavía se sienten- que la cumbre de Glasgow fuera un alivio y, por ende, una cita histórica.

Con todo, se puede reconocer como valioso que el pacto firmado es un avance en tiempos en los que cada vez es más complejo llegar a acuerdos, que esté claro que tarde o temprano -ojalá no demasiado tarde- el mundo tendrá que pasar la página de los combustibles fósiles y que hay que dar pasos más certeros en la senda de la financiación, tanto de la transición energética como de la cada vez más necesaria adaptación de los países más pobres -y, en consecuencia, más vulnerables-, a los eventos climáticos extremos que serán, ya irremediablemente, cada vez más extremos.

Hay que lamentar, claro, que lo urgente de apretar el paso hacia el objetivo de los 1,5 grados, tal como lo han advertido hasta el cansancio los científicos, no haya permitido que los países desarrollados pusieran más recursos

sobre la mesa y que sigan brillando por su ausencia mecanismos que permitan que las buenas intenciones expresadas en citas anteriores se concreten cuanto antes en desembolsos, comenzando por los 100.000 millones de dólares anuales que ya deberían estar recibiendo los países más vulnerables.

Sin duda, los acuerdos entre Estados son importantes. Y en esa medida es desconcertante y desolador para muchos que frente a un asunto tan urgente y básico no se produzcan más

consensos. Pero ante esta realidad hay que decir también que esperar que la totalidad de la solución provenga de los gobiernos no es recomendable. Así como de nada sirven acuerdos perfectos sin gobiernos y ciudadanos sintonizados con los objetivos que estos pretenden, es mucho lo que se puede avanzar a partir de los logros en esferas por fuera de la órbita estatal. Aquí tiene razón la activista Greta Thunberg, quien varias veces, salidas en falso aparte, fue enfática en que la solución al mayor desafío de la especie se juega cada vez más al margen de las negociaciones entre gobiernos.

Mientras se logran los acuerdos esperados, es mucho lo que hay por hacer. Lo peor sería que el no concretarse un resultado más esperanzador en Glasgow diera pie al pesimismo y a la parálisis. Una profunda transformación en la manera como la especie se relaciona con su entorno tiene que comenzar en la esfera íntima de cada quien para después proyectarlo en su entorno. Ir de lo local a lo global. Y esto no pasa necesariamente por los salones de las cumbres del clima.



Frente a esta realidad, hay que decir también que esperar que la totalidad de la solución provenga de los Gobiernos no es recomendable.